

PRÓLOGO

En el marco de las actividades conmemorativas del Centenario de la Constitución de 1917, nos es indispensable el conocimiento de la vida y la obra del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza, quien convocó al Congreso Constituyente. Es por ello que el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) reedita la emotiva biografía de Francisco L. Urquizo, general revolucionario que acompañó al presidente hasta sus últimos momentos.

El general Urquizo inicia con la descripción de la niñez y juventud de quien sería conocido como el *Varón de Cuatro Ciénegas*, noveno hijo del matrimonio de Jesús Carranza, destacado patriota liberal de Coahuila que combatió al lado de Juárez en la Guerra de Reforma. Contrasta el origen de Carranza en el seno de una familia acomodada con los orígenes populares de Villa y de Zapata:

No es el vestido de charro, ni la pistola pronta, ni el caballo nervioso, ni las aventuras guerreras o galantes lo que ha logrado el milagro de congregar a su lado a masas de hombres; es sólo su carácter un tanto seco, su patriotismo manifiesto, su preparación política y su energía sin límites, lo que en la madurez de su vida, ha de ser la base sólida que forme al

caudillo y que haga que cristalicen sus esfuerzos, plasmando la obra más trascendental que se haya consumado de la Independencia para acá.

Esto último en clara alusión a la Constitución política que nos rige.

Describe a continuación la primera experiencia política de Carranza, cuando fue electo presidente municipal de Cuatro Ciénegas; la recta administración que estableció y los problemas que tuvo con el gobernador José María Garza Galán, quien lo presionó para que renunciara.

Desde entonces, escribe Urquiza, Carranza

Creía [...] que la libertad municipal era absolutamente necesaria, indispensable en las democracias y luchó tesoneramente para perseguirla, logrando hacerlo cuando el libre y espontáneo voto de sus ciudadanos lo llevó a la Primera Magistratura de su estado natal y más tarde pudo asimismo —cuando fue árbitro de los destinos de la Nación— implantar en la República entera, como fundamental principio político en la ética nacional, el Municipio Libre.

Más adelante narra la participación de Carranza en la revolución maderista. Cita partes de su discurso, cuando se opuso a la negociación entre la dirigencia maderista y los representantes de Díaz en Ciudad Juárez, donde vio con clarividencia lo que iba a suceder:

Las revoluciones para triunfar de un modo definitivo, necesitan ser implacables.

¿Qué ganamos con la retirada de los señores Díaz y Corral? Quedarán sus amigos en el poder; quedará el sistema corrompido que hoy combatimos.

El interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura. Al lado de esa rama podrida el elemento sano de la Revolución se contaminaría.

Refiere su llegada al gobierno de Coahuila y el apoyo que dio a Madero para derrotar la rebelión de Pascual Orozco. Destaca, asimismo, su visión al señalar que el verdadero enemigo era el Ejército federal.

Consumado el cuartelazo de Huerta, Carranza encabezó el movimiento constitucionalista para restablecer la legalidad rota, al pedir a su legislatura que no reconociera al usurpador y le permitiera formar un ejército para oponérsele. Esa decisión cambió la historia personal del personaje y también la de la Revolución.

La biografía de don Venustiano Carranza, desde esta fecha, está ligada íntimamente con la historia completa de la revolución constitucionalista. Él fue el creador de un formidable ejército formado por masas proletarias, él fue organizador de la campaña toda, el estratega, el modelador de la victoria [...]. Hablar de la vida de Carranza implica hablar de la colosal obra llevada al cabo por él y que constituye en sí, la revolución social más grande de América.

Urquiza dedica un capítulo a la importancia de la decisión de Carranza de establecer una industria militar propia para no depender de las potencias extranjeras. Describe a continuación los rasgos esenciales de la Doctrina Carranza, política exterior delineada desde que se enfrentó a la invasión de Estados Unidos a Veracruz y a la expedición punitiva de ese país para perseguir a Villa por el ataque a Columbus.

En la parte final de su obra, Urquiza narra emotivamente el último episodio de la vida de Carranza. Siendo uno de los pocos que le permaneció fiel, su relato está hilvanado con los recuerdos de lo que vivió tan de cerca:

Por la para él inhospitalaria Sierra de Puebla, caminando día y noche, huyendo del enemigo y seguido sólo por unos cuantos leales, tuvo el último gesto de autoridad de su vida, mandando retirarse de su lado a los heroicos cadetes de caballería del Colegio Militar que le habían sido fieles hasta lo último y que rehusaban retirarse de su lado. Estimó injusto el sacrificio inútil de aquellos jóvenes y prefirió quedarse solo para aguardar estoicamente el desenlace fatal.

Relata cómo llegó la pequeña columna a Tlaxcalantongo, la tarde del 20 de mayo de 1920, donde el general Mariel se separó de ella

para establecer contacto con el general Lindoro Hernández, quien protegería el paso de la comitiva. Detalla cómo el presidente de la República se instaló en un modesto jacal en donde pasaría su última noche. Destaca la inquietud que mostraba Carranza, en contraste con el dominio total que le caracterizaba. Ya noche, en medio de un gran aguacero, llegó el mensaje del general Mariel, que informaba que el general Lindoro permanecía fiel, lo que dio calma a Carranza para poder dormir. Sin embargo:

Serían las tres de la madrugada cuando una descarga cerrada de fusilería rompió el ruido monótono de la lluvia. Aquella descarga se hizo precisamente afuera del jacal, sobre el rincón en que dormía el señor presidente.

Carranza fue herido de muerte, ultimado por los hombres del traidor Rodolfo Herrero, quien los había conducido hasta Tlaxcalantongo. Falleció a las 4:20 de la mañana cuando su ayudante Ignacio Suárez trataba de brindarle auxilio.

Urquizo finaliza así su narración: “Cayó solemne y digno como el roble de la montaña que abate el huracán. Su cuerpo fuerte y su porte austero cayeron para siempre en la última jornada de su vida”.

El libro incluye la transcripción de la autopsia del cadáver de Carranza, para desmentir rotundamente la versión propagada por sus asesinos de que el *Varón de Cuatro Ciénegas* se había suicidado, y concluye con su testamento.

Nuestro autor, Francisco Luis Urquizo Benavides, nació el 27 de julio de 1891 en San Pedro de las Colonias, Coahuila, en el seno de una familia rural de pequeños propietarios. Estudió el bachillerato en Torreón y una carrera comercial en la ciudad de México. Después regresó a trabajar en la hacienda algodonera de su padre.

Muy joven, a principios de 1911 se incorporó a la revolución iniciada por Madero, en la 2ª División del Norte del Ejército Libertador, comandada por Emilio Madero. Gracias a su valor y conocimientos, pasó de soldado raso a cabo y, muy pronto, alcanzó

el grado de capitán primero del ejército maderista. Durante el gobierno interino de Francisco León de la Barra, Urquizo formó parte de las Fuerzas Rurales de la Federación. Participó también en la defensa del gobierno de Madero cuando estalló el cuartelazo que acabó con la vida del presidente. Años después escribió *La Ciudadela quedó atrás*, novela donde refiere los esfuerzos infructuosos para acabar con la contrarrevolución huertista.

Después de la Decena Trágica, Urquizo se incorporó al constitucionalismo, formando parte de los primeros contingentes militares con los que Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, empezó la revolución constitucionalista contra la usurpación de Huerta. Organizó y dirigió el Batallón de Zapadores. En diciembre de 1913 fue llamado a formar parte del Estado Mayor del Primer Jefe, en donde alcanzó el grado de coronel en junio de 1914.

Cuando se rompieron las hostilidades entre los revolucionarios que habían derrotado a Victoriano Huerta, Urquizo permaneció leal al lado de Carranza, quien lo nombró comandante militar de la ciudad de México en abril de 1915 y lo ascendió a general brigadier en agosto de ese mismo año. En junio de 1916, una vez que se había derrotado a Villa, el general Urquizo fue nombrado por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista jefe del Departamento del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, donde llevó a cabo la reorganización del Ejército Constitucionalista.

En el gobierno de Venustiano Carranza, el general Urquizo continuó prestando valiosos servicios a las fuerzas armadas. En febrero de 1917 se hizo cargo nuevamente de la Comandancia Militar de la ciudad de México; en noviembre de 1918 se encargó de la Jefatura de Estado Mayor de Operaciones Militares en Veracruz, y en mayo de 1919 fue jefe de Operaciones Militares de ese estado.

Cuando estalló la crisis política entre Carranza y Obregón ante la sucesión presidencial en 1920, la mayoría del ejército abandonó al Primer Jefe y secundó los intentos de Obregón para llegar a la Presidencia de la República. Urquizo fue uno de los pocos militares que permaneció fiel a Carranza y participó en la llamada “Marcha de la lealtad”. Lo acompañó hasta sus últimos momen-

tos, cuando cercado por los aguaprietistas fue asesinado en Tlaxcalantongo el 21 de mayo de 1920.

El general Urquizo, junto con el puñado de generales que acompañaron a Carranza, sufrió la persecución y el exilio. Durante ese periodo dio inicio a una prolífica carrera literaria, que le mereció ser considerado entre los principales autores de la novela de la Revolución. Dedicó muchas páginas a la figura de Venustiano Carranza, a quien siempre admiró. Entre sus trabajos más reconocidos destaca la novela *Tropa vieja*, en la que refiere la vida del pueblo durante el movimiento armado.

Regresó al país hasta 1934, cuando se reintegró a las filas del ejército. En el gobierno de Lázaro Cárdenas ocupó un cargo en la Secretaría de Hacienda. En 1939 fue designado jefe de Estado Mayor de la Defensa Nacional y se le otorgó el grado de general de división, haciéndose cargo de la Jefatura de la 8ª y de la 7ª zona militares en 1941. En agosto de 1942, cuando había estallado la Segunda Guerra Mundial, fue nombrado subsecretario de la Defensa Nacional y, al entrar nuestro país a la guerra con los aliados, el general Urquizo abanderó al Batallón 201, en febrero de 1945. Culminó su brillante trayectoria cuando asumió el mando de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA), cargo que ocupó del 1º de septiembre de 1945 al 30 de noviembre de 1946. Al frente de la SEDENA, recibió con honores al valeroso Batallón 201 cuando regresó de sus misiones en el Océano Pacífico.

En agosto de 1953, bajo el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines, se creó el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), de cuyo Patronato formó parte. El general Urquizo dedicó sus últimos años a la creación de esta institución nacida con el propósito de estudiar y recopilar el material archivístico que había producido la Revolución Mexicana. Gracias a las gestiones del general Urquizo, quien había sido nombrado jefe del Departamento de Industria Militar, el INEHRM tuvo sus primeras instalaciones en la Plaza de la Ciudadela número 6, en una parte del edificio administrado por la SEDENA. El general, igual que sus demás compañeros del Patronato, Luis Cabrera, Antonio

Díaz Soto y Gama, Jesús Romero Flores, Diego Arenas Guzmán y Pedro de Alba, y el propio Vocal Ejecutivo, Salvador Azuela, puso a las órdenes del Instituto sus conocimientos y energía para publicar trabajos relacionados con la gesta armada, propuso la publicación de libros y memorias de los sobrevivientes de la Revolución, así como la adquisición de archivos y bibliotecas. En 1967 recibió la medalla Belisario Domínguez, como reconocimiento a sus méritos militares y a su trayectoria en favor de la literatura y del conocimiento histórico de la Revolución Mexicana. Dos años después, el 6 de abril, el general Urquizo falleció en la ciudad de México. Sus restos fueron trasladados a la Rotonda de las Personas Ilustres, donde reposan desde el 6 de agosto de 1994.

El INEHRM se congratula en reeditar la obra de uno de sus fundadores, el general Francisco L. Urquizo, en el Centenario de la Legislación Preconstitucional promulgada por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

PATRICIA GALEANA

*Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México*

